

Davis, 24 de Mayo de 2004

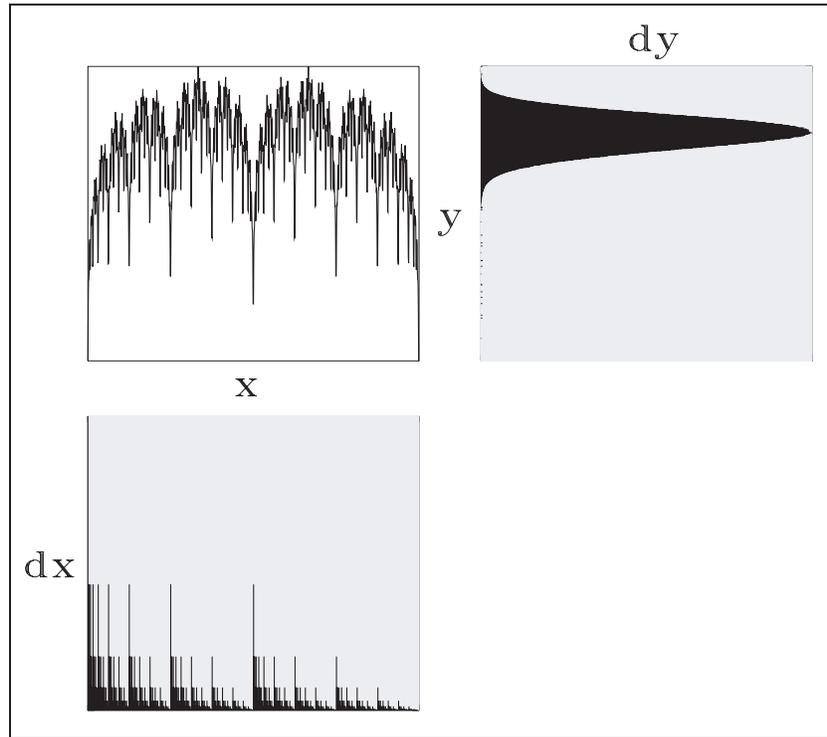
Querido Maestro Saramago,

Agradecido por su carta del 10 de Marzo e intentando responder algunos de sus profundos interrogantes, le escribo luego de visitar diversas instituciones en donde compartí las ponencias “*De Platón a Borges*”, “*La hipotenusa, el camino de la paz*” y “*La escatología y la ciencia moderna*”. Por favor, excuse mi tardanza en contestarle, pero en verdad desde que recibí su respuesta a mi envío, días después del fatídico 11 de Marzo, no he hecho más que dictar clases aquí y viajar por Canadá y los Estados Unidos.

Para empezar, debo decirle que comprendo muy bien su posición con referencia a Dios y sus misterios. Y lo digo así, pues no hace mucho tiempo tampoco me hacía sentido su presencia. Tal y como intento expresarle en esta carta, fue necesaria, en mi caso, una iluminación científica que transformó mi visión y le brindó un nuevo ángulo a mi vida.

Resulta que hace ya algo más de 16 años llegaron inesperadamente hermosos descubrimientos matemático-físicos con referencia a un objeto central en ciencia llamado la campana de Gauss. Sin haber hecho merecimientos para el hallazgo, un buen día encontramos con mis estudiantes cómo dicha campana podía obtenerse universalmente como la “sombra” Platónica (técnicamente la proyección) de un alambre infinito arbitrariamente iluminado.

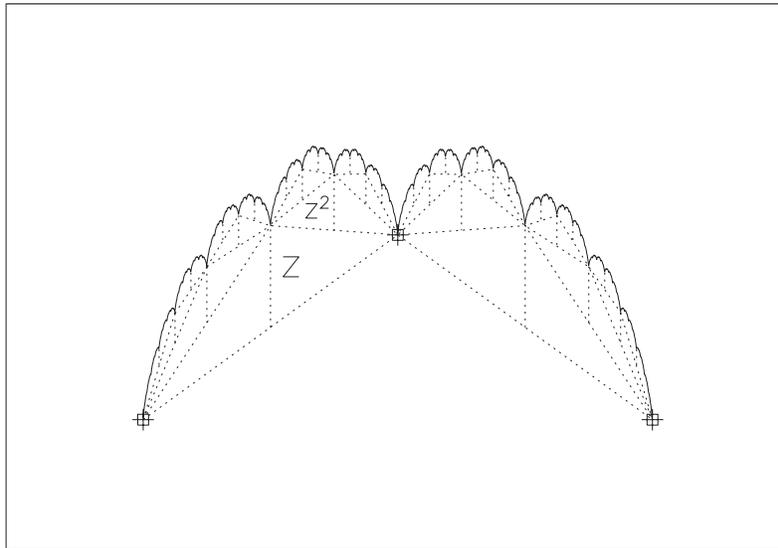
Esperando no abrumarlo, le explico un poco aquí, refiriéndolo a mi libro adjunto *“Treasures inside the bell”*, para más detalles.



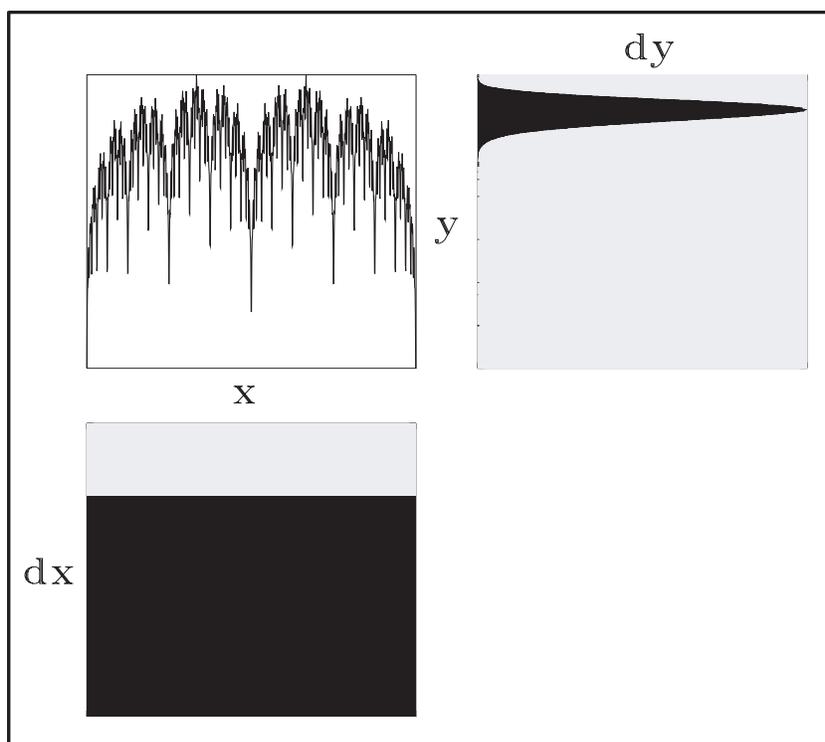
En esta figura se observa cómo la proyección de un tal alambre (arriba a la izquierda), iluminado por el objeto  $dx$  (abajo), produce una campana sobre el eje  $y$  (a la derecha).

Como lo puede reconocer,  $dx$  es el mismo objeto espinoso, polvoriento y diabólico de la parábola *“La Hipotenusa”* (se la envío de nuevo pues le agregué más notas y algunas citas Bíblicas), el mismo que describe universalmente la disipación de la turbulencia natural y el que aproxima las inequidades en el país más poderoso del mundo. La campana  $dy$  es, claro está, un hermoso símbolo de la libertad y también un objeto relevante en la naturaleza, pues está relacionado con el transporte por difusión y con la conducción del calor.

El alambre que da lugar a este resultado se puede construir muy fácilmente. Como se muestra abajo, éste, con forma de nube, se encuentra a partir de tres puntos iniciales (los extremos y el del medio, denotados por cuadrados con cruces) agregando una infinidad de puntos hacia arriba: los dos primeros están a una distancia  $Z$  a partir del punto medio de las líneas que unen los tres puntos, los siguientes cuatro ocurren a una distancia  $Z$  al cuadrado a partir del punto medio de las cuatro líneas mostradas de izquierda a derecha, y así sucesivamente, en potencias de  $Z$ .



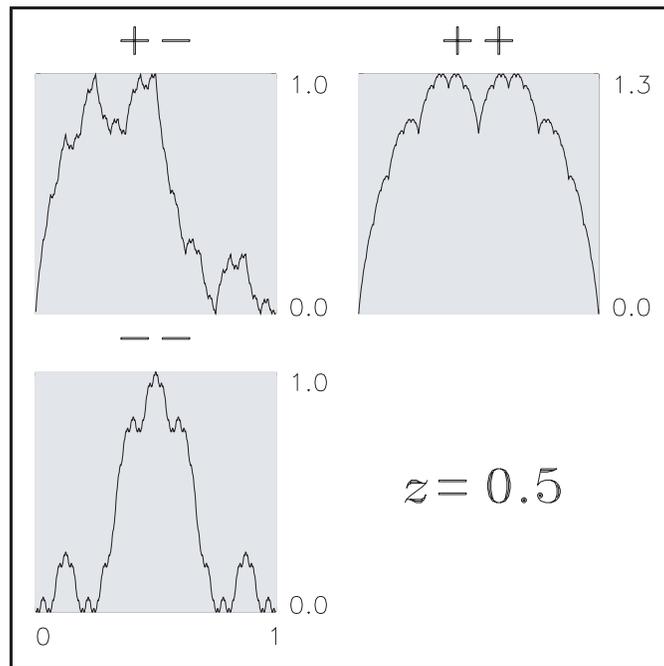
Lo mostrado en la página anterior (obtenido cuando  $Z$  es cercano al límite máximo de una unidad) resulta ser sorprendente por su universalidad, pues el mismo alambre infinito **siempre** da lugar a campanas en el eje  $y$  para una variedad infinita de iluminaciones. Por ejemplo, el resultado no sólo se encuentra a partir de una cascada con división 70-30 tal y como se muestra, sino que también ocurre para cualquier otra, incluyendo el 50-50 del equilibrio, como se observa a continuación.



Sorprendentemente, un mismo alambre transforma toda cascada en una campana armónica sin espinas, y esto naturalmente suscitó diversas preguntas esenciales: ¿Qué hacen la turbulencia y la difusión, la disipación y la conducción, en un mismo diagrama, siendo ellas dos extremos del comportamiento natural?, ¿Existe entonces un mecanismo capaz de transformar un desorden arbitrario en un orden armónico?, ¿Dónde se halla un tal alambre?

Estos interrogantes surgieron cuando ya florecía en diversas ramas del saber (física, ecología y economía, entre otras) la célebre teoría del caos con su desorden universal y su asombrosa higuera. Así, años antes de apreciar posibles conexiones escatológicas, intenté hallar el alambre en la ciencia, mas no lo logré al no encontrar observaciones coincidentes, pues la turbulencia y la calma no ocurren a la vez en la naturaleza, sino que una siempre precede a la otra.

El encontrar una interpretación coherente del rompecabezas sólo vino a plasmarse más adelante cuando se clarificaron diversos símbolos, los cuales empecé a apreciar a pesar de mis esfuerzos intelectuales por evitarlos. Como se muestra abajo, existen otros alambres similares al anteriormente descrito, y éstos, que más bien se parecen a perfiles de montañas, también dan lugar a campanas.



Los signos mostrados encima de cada alambre definen la construcción de los mismos. Mientras que el caso “positivo-positivo” da la misma nube de antes, con puntos situados siempre por encima de líneas rectas, los otros corresponden a secuencias de puntos que no sólo suben sino que también bajan (en potencias de  $Z$ ): el caso “positivo-negativo” proviene de subir y bajar a partir de las líneas de acuerdo al más y al menos, respectivamente, y el “negativo-negativo” de alternar el bajar y el subir todos los puntos, de generación en generación.

Al final, el tipo de campana que se obtiene como “sombra” (cuando  $Z$  tiende a uno) depende de los signos que definen el alambre. El caso “menos-menos” da lugar a dos campanas, las cuales oscilan de la una a la otra, en virtud a la construcción alternante de generación en generación. En verdad, no fue fácil saber que eran dos, pues ellas están desplazadas por una cantidad pequeña relativa a la totalidad de la figura, y, así, al principio parecía que era solamente una. El caso “más-menos” (y también el “menos-más” que proviene de reflejar éste último en un espejo) dan, en efecto, una campana con un centro **finito**, pues el ir arriba y abajo converge a un único valor medio, para todas las generaciones.

El caso “más-más” merece párrafo aparte, pues, tal y como ya se aprecia en las figuras anteriores para  $Z = 0.99$ , este alambre produce una campana que termina concentrándose arriba en el **infinito**. En el límite, oh concepto borgiano, el alambre sube de uno en uno (las potencias de uno son siempre uno) y, así, no sólo el centro viaja hacia el infinito, sino que la masa, en su infinita mayoría, se agrupa allí, dando lugar a un mismo objeto insólito, siempre conductor del calor y carente de entropía, independientemente de la iluminación!

Este alambre “místico”, siempre máximo positivo, troca cualquier división (y también el equilibrio) en bella armonía, levanta poderosamente cualquier polvo hacia el alef, y este resultado alegórico fue imposible de no ver, a pesar de mi precaria educación religiosa y mi rebeldía intrínseca hacia dichos temas. No tuve cómo no apreciar la gran diferencia entre las nubes y las montañas, entre el “cielo” y la “tierra”, y entre el más y el menos, y así, en medio de mi asombro, compartí resultados con familiares y amigos, sin comprender plenamente lo que veía.

Al paso de las semanas y cuando ya se esfumaba el estupor colectivo por el descubrimiento, recibí, en el momento justo, una llamada telefónica de parte de un buen amigo, compañero de estudios en Boston, y a quien yo envidiaba secretamente pues era él, y no yo, profesor en la prestigiosa Universidad de Princeton. Mi amigo comenzó hablándome acerca del precario estado del mundo de entonces (y no hablemos del actual) y luego de analizar juntos el futuro incierto de la humanidad me dijo, sin rodeos, que era importante el estar preparados, pues él creía, al igual que los miembros de su iglesia, que vivíamos tiempos que apuntaban al retorno de Jesucristo.

Le escuché estupefacto y con el respeto que siempre inspiró su claro conocimiento, a veces tan profundo que parecía enciclopédico, y, luego, controlando mis impulsos y sin duda sosegado por la campana y sus símbolos, le pedí que me explicara despacio, pues para entonces, y a pesar de mi bautismo de niño como Católico, yo no había leído las Escrituras. Me habló de profetas y de señales inverosímiles y remató explicándome la importancia del tal “nacer de nuevo” (tan mentado por estas latitudes) para entrar al improbable omega de los cielos.

Al pasar de los días me convencí que no tenía nada que perder con intentar tener un encuentro con lo divino. Si mi amigo tenía razón, Jesús vivía y yo podía concertar una cita con él. Así, una noche, luego de intentos fallidos que me parecieron bochornosamente cursis, me llené de valentía, abrí mi corazón como pude, y sucedió.

Fue un largo monólogo de mi parte en donde recordé los muchos dolores que había experimentado en la vida y los muchos que había causado. En un tocar fondo pausado, rememoré mi primera imagen de niño en medio de una hernia casi asesina, reviví mi infancia feliz y sus pilatunas, recordé mi adolescencia tímida con sus penas de

amor, y, luego de ojear otros laberintos vivenciales, me adentré en el misterio de la muerte que había manchado para siempre mi existencia cuando, a mis 20 años, mi madre se quitó la vida.

Esa noche finalmente confronté el inmenso desazón que me impedía amar como niño, ese sentimiento mezquino y real que afloraba irremediable y sutilmente en momentos felices para recordarme que todo era mentira, el mismo que me hacía sentir irrefutablemente culpable por no haber hecho lo suficiente por salvar a mi mamá. Esa noche, mientras mi esposa dormía a mi lado, lloré de corazón, mordí todo el polvo de mi cascada vital, y me atreví a perdonar.

En medio de una letanía humillada, perdoné a mi madre por habernos dejado a mis dos hermanas y a mí tan solos; a mi padre por no haber previsto el insuceso y por haberse casado nuevamente tan pronto; a mí mismo por mi ceguera de joven intelectual hacia ella, por haberme perdido bailar con ella, y por no haberla llevado al cine alguna vez que me lo pidió; y, finalmente, perdoné al mismo Dios (oh locura colosal) por haber permitido que todo eso sucediera. Luego, rematé mi oración diciendo sinceramente: ¡Deseo conocerte Jesús, o existes o esta vida es un engaño!, a lo que acto seguido recibí en mi corazón un ardor dulce e intenso proveniente de lo alto, como del techo, que luego se extendió a todo mi cuerpo, dejándome sentir una paz exquisita, una paz lúcida que no conocía.

¡Oh algoritmo clemente y consistente! Perdonando experimenté el perdón de Dios y nací de nuevo a mis 32 años. En esos instantes misteriosos supe, en todo mi ser, que los símbolos eran ciertos y que el tal alambre se hallaba en mi pecho, allí, al alcance de mi mano. En esa noche asombrosa, mi ángulo de vida cambió perpendicularmente de  $x$  a  $y$ , del cínico dolor de muerte a la realidad del amor pleno...

Si le dijera, Maestro Saramago, que mi vida a partir de entonces se volvió “color de rosas”, le mentiría. ¿Cómo no admitir que más bien ella se convirtió en un campo de batalla?

Los días posteriores al encuentro fueron particularmente confusos. Mi asombro fue tal que mi mente no podía dejar de pensar en el suceso y, así, intentando comprender la Biblia de un sorbo, llegaron varias noches en las que no lograba conciliar el sueño. Mi júbilo era real, y lo compartía exaltadamente con mis seres queridos, quienes empezaron a preocuparse por mí al escucharme hablar, contrario a mi esencia, del perdón y del Cristo a quien invoqué. Varios de ellos, incluido mi papá, pensaron que yo andaba muy mal y que ahora era yo el que se iba a quitar la vida.

Terminé en un sanatorio cerca a San Francisco por un mes. Mi esposa recordó uno de sus amores platónicos de niña en un médico psiquiatra, hijo de una amiga de su mamá, y, luego de consultas, él le recomendó mi hospitalización. Como en mi pasado había sufrido de depresiones de muerte y como ahora tenía pensamientos claramente maníacos, el diagnóstico fue sencillo. Me internaron, sin yo oponerme, por mi desorden bipolar.

La experiencia en el hospital, que parecía más bien un centro vacacional por su pulcritud y la variedad de las actividades a las que los pacientes teníamos acceso, fue como un sueño largo y extraño. Desarrollé instintivamente una afinidad especial por mis compañeros de infortunio, una compasión profunda por quienes me rodeaban sumidos en sus propios mundos, y me sentí a gusto en ese entorno desconocido, sin crearme enfermo e intentando ayudar.

Cansado por mi ayuno de sueño y a pesar de sedantes, oscilaba, de mi parte, entre esa claridad vívida del encuentro divino y la confusión

de estar allí, y a los pocos días, malentendiendo los “símbolos” que me ofrecían el infinito ya lanzándome desde mi pináculo, me dí de bruces contra una ventana, que gracias a Dios no cedió por lo gruesa.

En adelante el sueño se tornó definitivamente oscuro. Me sedaron fuertemente y conviví irremediablemente por un par de semanas con una tembladera que muy seguramente aún estremece a los que me vieron. Aunque era consciente de la bondad de estar vivo, esos días los recuerdo como los peores de mi vida. No podía salir sino a una terraza que siempre parecía estar llena de humo, no dormía bien pues temblaba y sudaba, y mi campana parecía esfumarse en las tinieblas.

Cuando ya mejoraba, desperté a una pesadilla mayor. Resulta que durante mi estancia, mi esposa, quien vino todos los días a visitarme tal y como lo notaban otros pacientes a quienes no, tuvo su propia crisis existencial (¿cómo no entenderla?) en la que concluyó, irrefutablemente, que nuestro matrimonio de 8 años había sido sólo un error. Así, mis citas con mi buen médico pasaron de ser conversaciones acerca de mi supuesto encuentro con Dios a cómo prepararme para afrontar lo que vendría, pues yo no le creía, como seguramente ella no a mí, que iba a disolver nuestra unión.

Pero así fue, justo como una construcción con cimiento de arena luego de una tempestad, se vino a pique toda mi estantería. De nada valieron mis intentos de explicación buscando la cristiana reconciliación (nos habíamos casado por la Iglesia, claro está), y, al cabo de pocos meses, pasé a formar parte del grupo de personas que dicen que eso del divorcio no les pasará a ellos, pues eso sólo le ocurre a otros menos inteligentes y menos amorosos...

Siguiendo el consejo de mi médico, regresé a Colombia (mi paraíso de origen) para contar con el apoyo de mi familia, y allí, y por espacio

de un año y medio, en medio de lecturas más pausadas de la Biblia que ya empezó a acompañarme cotidianamente, y con la fina guía de un compañero de estudios de matemáticas y ahora sacerdote, con quien me reencontré no por azar en el momento oportuno, pude empezar a armar el rompecabezas de mi vida. El dolor era intenso y las dudas me embargaban en el polvo de mi nueva cascada, pero el calorcito aquel me acompañaba con su recuerdo esencial y por la consistencia encontrada entre las Escrituras y las investigaciones que continuaron, pude entender poco a poco y así creer en la historia.

En retrospectiva, puedo afirmar que esos tiempos posteriores a la luz, fueron vitales para hacerme notar mi gran altivez, pues ciertamente me creía mejor que muchos. Y es que, contrario a lo que podía creer meses atrás, en esos días comprendí, por primera vez, que Dios estaba no sólo conmigo, sino con todos en este planeta de locos, y entendí, también por primera vez, que las huestes, improbables pero reales, del maligno nos acechan hacia el manicomio, confundiendo nuestro libre albedrío con su engaño descarado.

Aunque por varios años quise negar mi enfermedad, como si ella desvirtuara mi iluminación inicial, lo cierto fue que requerí la ayuda que recibí muy a tiempo. Hoy por hoy, vivo agradecido por mi vivencia, pues cuando veo parejas desmoronándose me conmuevo y rezo por ellas, y cuando viajo a una gran ciudad no olvido que aquel hombre de la calle, despreciado y hambriento, bien pudiera ser yo, pues nadie sabe por cuántas cosas pasamos, confundidos ante las maquinaciones del enemigo, siempre mentiroso, y despiadado.

Así pues, comparto mi entender diciéndole respetuosamente que Dios (con mayúscula) sí está en cada uno de nosotros, en los regalos cotidianos de la vida, en los momentos de gozo que vienen a

acompañarnos en medio de tanta basura en el mundo, en los talentos misteriosos que hemos recibido (¡vaya el que le ha dado a usted para escribir!), y en las oportunidades repetidas que tenemos para reincidir en el misterio eterno del amor, en mi caso en un nuevo, y tercer, matrimonio ya en orden, y adornado por la compañía de dos hijas hermosas, como añadiduras fieles a promesas verdaderas.

Dijo Jesús que ¿quién no estuviera con él estaría en su contra? Yo de mi parte creo que sí, como también creo que dijo a continuación que quién no recogía con él más bien desparramaba, o algo similar, como lo atestiguan las múltiples traducciones de la Palabra antigua. Aquí yo veo, tal y como lo intento expresar en la parábola de la recta hipotenusa, que la aseveración no es sólo cierta, sino que es en verdad muy fácil no estar con el amor mismo que es él y más bien dedicarse a acusar y a dividir (en cascada) como lo hace siempre su opuesto. Pues aunque la implementación de su amor a través de la historia ha estado llena de amplia hipocresía, la invitación a amar (la esencia de las buenas nuevas) expresada siempre por un remanente santo y contradictorio, se mantiene como la única salida a nuestros meollos.

A este respecto me parece muy grave, compartiendo su entender, que otros “nacidos de nuevo” empleen esa misma palabra en un contexto errado para justificar acciones de imperio que en nada son acordes con el mensaje de amor y reconciliación presente en el evangelio. Pues Jesús nos dice también que no juzguemos (así lo creo), y hay muchos “ricos” en este mundo que sienten que sólo por ellos murió él en la cruz, y así, al sentirse dueños ya del reino de los cielos, sin admitir sus culpas, y como si no tuviéramos que tomar la cruz todos los días, desparraman con su falsa retórica y sus inexcusables acciones. Porque si al Cristiano se le reconoce por el fruto del amor,

y si la “democracia” es en efecto la solución, no hay necesidad de bombardear al enemigo para mostrarle el camino.

Aunque no he leído aún su última novela (me debe llegar en un par de semanas), por los comentarios de prensa entiendo porqué le pudo haber gustado mi parábola. A propósito, gracias por sus palabras que me animan a seguir intentando publicar la historia, a pesar de diversos agentes literarios y de no pocas casas editoriales que me dicen que ella no se ajusta a sus intereses comerciales. Creo que usted tiene razón al mostrar lo que hay debajo de “las piedras”, pues la verdad es ineludible, aunque a veces parezca que en una manifestación por la paz, o en un gran triunfo deportivo, o acaso en una boda real, puedan suplirse las necesidades inherentes de la gente.

Como bien lo expresó Platón en su alegoría del cavernícola (siempre tan moderna) y como está definido en las buenas nuevas, la persecución del iluminado es una realidad inevitable, y, así, en medio de dificultades y soledades, intento compartir un mensaje improbable de amor por medio de la ciencia moderna, confiando en el poder de Dios, en su tiempo perfecto, y en sus promesas certeras.

Créame que no me es fácil el mostrar lo que tengo en medio de un mundo que vive a tanta prisa, en medio de tantas mentiras tan obvias y tan arraigadas, en medio de diversas instituciones del saber, tan vanidosas con sus dogmas y tradiciones, que ignoran a un pequeñín por su “fanatismo” al mezclar lo impensable o por su carencia de “educación” religiosa. Pero me lleno de valentía y, a pesar del susurro insistente de dos tercios, me atrevo a repetir lo imposible, pues intuyo el triunfo que todos deseamos, esa victoria verdadera y justa de un “comunismo” consciente y vibrante, que sólo puede lograrse en la hermandad encarnada del amor de Jesús.

Como se lo propuse anteriormente, si lo desea podría visitarlo para aclararle lo que no esté suficientemente explicado en mi envío. Con gusto le contaría cómo experimenté otras noches y días enamorados más pausados, cómo han llegado otras piezas del rompecabezas: el diseño matemático bidimensional del ADN en la campana de Gauss, la insólita higuera de la ciencia moderna, el Espíritu Santo en las matemáticas y las Sagradas Escrituras (así lo creo, Sagradas), la Santísima Trinidad en el diagrama de la página cuatro, y otras curiosidades improbables pero coincidentes.

Sé muy bien Maestro Saramago que no he logrado contestar plenamente sus preguntas, pues en concordancia con las palabras del poeta León Felipe que usted citó, yo tampoco sé muchas cosas. Es así, en ese mismo espíritu de humanidad, pero animado por la fe que trasciende mi inteligencia, que le envió mis mejores deseos con un abrazo fraternal.

Con optimismo,

Carlos E. Puente  
cepunte@ucdavis.edu  
(530) 752-0689 (of), (530) 752-1552 (fax)